

# POESÍA ESPAÑOLA 1972

Por José Domingo

No puedo negarle al año que dejamos atrás su abundancia en entregas poéticas. Entregas poéticas de toda clase, de, poetas jóvenes y de poetas maduros, y ya consagrados, de poetas que siguen dignamente las sendas trilladas, con su mensaje humanizado, siempre actual, y de poetas que eligen el camino de las innovaciones más atrevidas, de la búsqueda fértil ya de por sí incluso en el caso de que no fructifiquen los hallazgos. Podremos encontrar más de acuerdo con unos que con otros, pero nunca deberemos negar beligerancia a unos para concedérsela a otros. Viñadores todos, el fin y al cabo, en una tarea que requiere una inmensa dedicación y una segura vocación para ese sacrificio que supone, el lanzar una voz que no siempre trasciende, como se quisiera, el eco de otro ser. Del alud de libros poéticos que fue llegándome en el curso del pasado año, he pretendido hacer una selección que, aún tratada con brevedad, me gustaría que condensara mis Impresiones, un tanto apresuradas.

Empezaré por uno de los más jóvenes, José Ángel Guinda, zaragozano, que a sus veintitrés años cuenta ya con una sólida labor poética y que con su último libro, «La pasión o lo duda» (Colección Poemas. Zaragoza, 1972). Inicia una trilogía, poética que promete frutos muy granados. Diálogo de amor y de fe en la vida, en el nombre, de soledad pero también de esperanza. «Hay que entregarse a la pasión o hundirse» y el poeta se entrega sin trabas al goce del paisaje, lúcidamente captado, y de ese otro paisaje humano que lo rodea y le lleva fértilmente a «amar tanto la vida»

De Ángel Sánchez, poeta grancanario, que ya en 1971 nos dio un bello y original libro de poesía, "Naumaquia 1970», en el que al lado de sus impresiones sobre la estancia en tierras africanas se ejercía una severa crítica de la realidad española, hemos recibido un nuevo libro, «Parches» (Madrid, 1972). La voz de Ángel Sánchez, cuyo primer poema me llegó hace años en la discutida antología de Lázaro Santana, se produce en estos momentos con una personalidad o independencia tales que no hubo en calificarla como una de las más atractivas en el nutrido campo de la joven poesía de una isla tan pródiga en ella como Gran Canaria. Poesía ácida, revulsiva, recorrida por una ironía punzante. «Maceración» de la bella poesía para perder el vicio», así califica el autor a sus poemas, que me define también en una amable dedicatoria como «no-poemas de la serie negra. No-poemas, antipoemas: la sombra de Nicanor Parra -recordado en un poema a Violeta, su hermana- cruza sobre

estos versos que responden perfectamente a la ecuación poesía-juventud, con su propósito desmitificador, su ardor polémico y su bien cultivada crueldad.

Muy otro es el mundo poético de Luis León Barreto, joven poeta palmero hoy residente en Las Palmas, que nos presenta, bajo la rúbrica editorial de «Inventarios provisionales» su libro «Crónica de todos nosotros», Premio Julio Tovar, 1970. El poeta lo divide en dos partes: «Crónica íntima» y «Crónica de todos nosotros». En la primera, el poeta se debate, se siente maldito en «esta tierra condenada, y trata, de, evadir la sucia realidad en la ilusión del poema y de la amada, en el deseo de no sentirse solo, de luchar por recuperar la esperanza y encontrar su felicidad aquí en la tierra. En la segunda su inquisición se amplía a los demás hombres sus versos adquieren una mayor apertura y apuntan al horizonte del mundo actual convulsionado. La canción solidaria de la primera parte, se hace solidaria, se acerca, adquiere inflexiones sarcásticas, se universaliza en dimensiones, nos da la medida de una poética comprometida y humana; que no desconoce los recursos de la poesía más última.

La poesía de Antonio Pereira, en cuya misma línea de fidelidad a la vida, a la cotidianidad de la existencia, puede colocarse su interesante obra narrativa, es un ejemplo de sencillez expresiva -que no excluye ciertas conexiones surrealistas-, pero de muy sabia elaboración intelectual. Miguel Dolç, prologuista del volumen, califica de. «Único libro, sí, en cuanto a la fluida unidad del conjunto, pero en unicidad que va descantándose con los años -aunque sean pocos- hacia la perfección. Si «Del monte y los caminos» (1966) sigue siendo para mí la obra de su descubrimiento, un libro de singular firmeza en el que ya se encuentra completa la preceptiva del poeta, en «Cancionero de Sagres» (1969) y «Dibujo de figura» (1972), la poesía va aquilatándose, sin perder nada por ello de su corporeidad anterior, y traduciéndose en poemas de una belleza tan apretada y densa como «Tardes en los Jerónimos» y los versos de «Consolación a Claudia», que uno prefiere -porque sí, razón suprema al fin- a tantos otros de un parejo nivel de hermosura.